

mildes propósitos, no ciertamente por temor de ser víctima de un nuevo atentado, que con los bríos que tenía y los ánimos siempre mayores de padecer no eran compatibles temores semejantes, sino para poder consagrarse con mayor libertad y humildad á las tareas de las Misiones. Mas, como prudente, no quiso guiarse en esto por su propio juicio, sino por el del Vicario de Jesucristo en la tierra, con lo cual estaba seguro de que cumpliría la divina voluntad. Por esto, apenas restablecido de las heridas, que fué como á los quince días del atentado, curación que, por lo temprana, los médicos no sabían explicar naturalmente, escribió una larga carta al Sumo Pontífice dándole cuenta del estado de su diócesis, de lo acaecido en Holguín con su persona y de los deseos que tenía de renunciar el Arzobispado, poniendo, sin embargo, el asunto en manos de Su Santidad, que es á lo que aludía en la carta poco antes copiada. La importancia de este documento y de la respuesta de Pío IX, me obligan á dar un extracto del primero y á transcribir íntegra la segunda.

En la carta, pues, que envió el santo Arzobispo á Su Santidad, con fecha 23 de Febrero de 1856, manifiesta cómo habiéndole enviado una carta con dos Pastorales á fines del año 1853, en la que le daba cuenta de la visita hecha á su metrópoli, de las Misiones y de los ejercicios espirituales dados al clero y del copioso fruto que de estos trabajos las almas reportaron, llegó á sus manos la respuesta de Su Santidad del 22 de Septiembre de 1854, la cual le sirvió de grandísimo consuelo entre las angustias y tribulaciones de que se hallaba rodeado. Tras esto, dice, que lleno de confianza con la aprobación del Vicario de Cristo, y gozoso por sus venerables exhortaciones á continuar lo comenzado, había seguido hasta entonces el mismo método, reuniendo todos los años al clero para los ejercicios espirituales y procurando que no faltasen las conferencias de Teología moral y de Liturgia; que se habían fundado dos colegios, uno de Religiosas para la instrucción cristiana de las niñas, y otro de Padres de la Compañía de Jesús para la de los niños (1), y que, por último, se había establecido con sus

(1) Debe aludir sin duda al de la Habana, fundado por su mediación, pues en Santiago no parece que llegó á establecerse, según lo que dijimos en el capítulo VII.

rentas una Casa de caridad para los párvulos pobres de uno y otro sexo. “Según lo dispuesto,—añade,—por el santo Concilio de Trento, he dedicado muchos meses en el año á la visita de las parroquias, predicando cada día al pueblo y administrando los sacramentos de la Penitencia, Eucaristía y Confirmación. Dios, bendiciendo con largueza mis trabajos, se dignó derramar con abundancia sus gracias en las almas de los fieles, aunque no sean ahora los efectos tan sensibles como en los primeros años, pues hierve más el vino nuevo; en las últimas excursiones he observado que los hombres perversos, no siendo de Dios, no se cuidaban de oír la divina palabra, mientras que, por el contrario, los fieles y piadosos eran muy diligentes en oírla y se aprovechaban mucho de ella: para consuelo de éstos y para que Dios los librase del azote de los temblores, del cólera morbo, del vómito negro y de otro todavía más terrible que los anteriores, el cual no tardará en llegar (parece referirse á las guerras que luego se sucedieron), he establecido la circular de las Cuarenta Horas en honor del santísimo Sacramento en las dos principales ciudades de la diócesis, que son Santiago y Puerto Príncipe.

„Estando ocupado en estos cuidados pastorales, ¡oh beatísimo Padre!, recibí poco ha dos heridas, una en el rostro y otra en el brazo, y ojalá fuese esta segunda herida la señal del amor á mi dulce Jesús, el cual dice en los Cantares: *Pone me ut signaculum super brachium tuum*, y la primera la letra *tau*, ó sea la señal de Jesucristo.„ Sigue explicando las circunstancias del crimen, afirma que perdona de corazón al reo, que ha rogado á Dios por él y suplicado á los jueces que no le impongan pena alguna, y continúa: “¡Oh santísimo Padre! Apenas puedo referir las grandes delicias con que fui visitado de Jesús y de María en aquella misma noche.„ Con los auxilios de la gracia de Dios dice que está dispuesto á recibir nuevas heridas, y aun la misma muerte si tal es su divino beneplácito; pero que no quisiera exponerse temerariamente al peligro, ó permanecer en él por su propio arbitrio; que siendo el criminal un extranjero y no habiendo recibido de su Prelado injuria alguna, sino antes bien un grande beneficio que le hizo en el año anterior, fué instrumento de una mano oculta, lo cual no era de extrañar, pues, según su gráfica expresión, en su Arzobispado había muchos Herodes y Herodiades que

vivían mal y no querían dejar la mala vida, y mientras él hiciera el oficio de Juan no cesarían de pedir su cabeza. Sin embargo, como varón perfecto y obediente, termina con estas hermosas palabras, dignas de un verdadero Prelado de la Iglesia: "No habiendo salido bien una tentativa, probarán otra hasta conseguir su intento, porque escrito está: *La soberbia de los que te aborrecen crece siempre*. Yo, pues, deseando conocer la voluntad de Dios y cumplirla en todas sus partes, acudo á Vuestra Santidad, que sois el Vicario de Cristo en la tierra, para que os dignéis indicarme qué es lo que debo hacer, *si renunciar y retirarme, ó continuar hasta consumar el sacrificio*." Hablad, Señor, porque vuestro Siervo escucha (1).

La respuesta del inmortal Pío IX á la precedente carta es un panegírico del Siervo de Dios, una muestra extraordinaria de paternal cariño, y prueba á todas luces el concepto de santidad en que le tenía. Tanto es así, que al fin de ella se recomienda muy encarecidamente á sus oraciones, y para estimularle á ello le asegura que también él le tenía presente en las suyas, pues no dudaba el buen Pontífice que las oraciones del Padre Claret serían muy eficaces en la divina presencia, por lo aceptas que le eran sus heroicas virtudes. He aquí esta admirable carta, escrita apenas recibida la del Siervo de Dios, y con la cual puede decirse que el venerando Pontífice puso una corona de gloria sobre la frente del santo Prelado.

“ Á NUESTRO VENERABLE HERMANO ANTONIO MARÍA CLARET,
ARZOBISPO DE SANTIAGO DE CUBA

„ PÍO, PAPA IX

„ Venerable Hermano, salud y bendición apostólica. Tu insigne virtud, religión, piedad y solicitud pastoral, tiempo ha conocida y vista de Nos, admirablemente y en todas sus par-

(1) Et quamvis primum tentamen non illis bene cesserit, aliud atque aliud molientur, donec opere compleant quod corde conceperunt; scriptum est enim: *superbia eorum qui te oderunt ascendit semper*. Dei ergo voluntatem cognoscere, et in omnibus adimplere desiderans, ad Vestram Beatitudinem, Christi in terris Vicarium accurro, ut mihi significare dignetur quid agere debeam, paratus vel loco cedere, vel sacrificium consummare si ita Deus voluerit. *Loquere, Domine, quia audit servus tuus*.

tes resplandece en la respetuosísima carta que nos dirigiste en 23 de Febrero próximo pasado, y que hace poco recibimos. Por ti mismo podrás fácilmente entender, venerable Hermano, de qué manera nos hayamos alegrado en el Señor al ver de nuevo por tu misma carta que, encendido cada día más y más en un celo singular del divino servicio, no perdonas cuidados ni trabajos para procurar la mayor gloria de Dios y la salvación eterna de las almas. Porque visitando en lo posible esa tu diócesis, según los sapientísimos decretos del sacro Concilio de Trento, y trabajando con esfuerzo como buen soldado de Jesucristo, jamás cesaste de dar el alimento espiritual á ese pueblo confiado á tu solicitud con la predicación de la divina palabra, la distribución de la multiforme gracia de Dios y la administración de los santos Sacramentos; y apartándolo de los emponzoñados pastos de las malas doctrinas, le impeles á los saludables alimentos de las buenas y le conduces con todo esmero á la senda de la justicia y de la vida. En gran manera solícito de la católica educación de la juventud, de la cual tanto depende la felicidad de la república cristiana y civil, procuraste la fundación de dos colegios: uno de Religiosas para educar debidamente á las niñas, otro de Religiosos de la Compañía de Jesús para la educación esmerada de los niños; y con tus propias rentas has abierto una Casa-asilo de caridad para los niños pobres de uno y otro sexo. Dirigiendo eficazmente y con igual vigilancia tus cuidados á favor del clero, tienes en el corazón el que todos los eclesiásticos hagan cada año los ejercicios espirituales y tengan en días señalados conferencias científicas, principalmente de Teología y Liturgia; con lo cual, acordándose siempre de su propio oficio, procuren cumplir sabia y santamente los deberes de su sagrado ministerio, dar al pueblo cristiano ejemplos de todas las virtudes, cultivar con asiduidad las ciencias sagradas y trabajar cada día con mayor diligencia para la salvación eterna de los hombres. Grande es, por cierto, el gozo que sentimos, viendo, ¡oh venerable Hermano!, con cuánto esmero trabajas asiduamente en cumplir en todas sus partes el oficio de un buen Pastor. De aquí es que no tenemos palabras con que poder expresar el dolor que experimentamos al saber por tu misma carta el impío y cruel atentado que cometió aquel hombre, que repentinamente y con engaño, que-

riendo quitarte la vida, primero te partió la mejilla con una navaja, y después te hizo con ella otra herida en el brazo derecho en tiempo en que estabas haciendo la santa visita en la ciudad de Holguín, y en el primer día del pasado mes de Febrero al salir del templo, después de predicar á un numerosísimo auditorio y ejercer las otras sagradas funciones. Pero muy grandes y humildes gracias tributamos á Dios Altísimo é infinitamente bueno por haberte benignamente sacado de tan gran peligro de la vida y haber hecho que casi hayas ya convallecido, bendiciendo Él los cuidados y remedios de los médicos. No ignorando Nos la singular virtud que en ti resplandece, no fué para Nos cosa nueva é inesperada, ¡oh venerable Hermano!, el que apenas recibidas las heridas, levantando tu voz en presencia de la muchedumbre del pueblo, perdonases de corazón al sacrílego agresor, que fué preso en aquel mismo instante; que rogases á Dios por él y que con todo empeño suplicasen á los jueces que no se le condenase á pena alguna. Porque este tu excelente modo de obrar, tan digno de un Obispo católico, claramente manifiesta, ¡oh venerable Hermano!, que nada tienes tanto en tu ánimo como el profesar la perfección de la enseñanza cristiana, imitar los ejemplos de nuestro divino Redentor y seguir los documentos que nos enseñó con obras y palabras de amar á nuestros enemigos, rogar por los que nos persiguen y hacer bien á los que nos aborrecen. *Arrebatan nuestro espíritu los eximios y religiosísimos sentimientos de que está llena tu carta, con los cuales vemos confirmarse el buen concepto que de ti habíamos formado y sentimos acrecentarse más y más la benevolencia que con razón te profesamos. Así no podemos dejar de felicitarte cordialmente por tu singular virtud y piedad, y darte un nuevo testimonio del sumo aprecio en que te tenemos, y del afecto del corazón con que íntimamente te amamos.* Finalmente: respondemos á la súplica que nos haces al terminar tu carta, pidiéndonos que te indiquemos si debes continuar en el gobierno de esa diócesis ó renunciar al Episcopado, pues tú sólo deseas, conforme á tu piedad, lo que fuere de nuestro beneplácito. Por cierto Nos, teniendo á la vista tus virtudes, y no ignorando los grandes bienes que con los divinos auxilios ha reportado y ha de reportar en adelante de tu celo episcopal esa diócesis, quisiéramos, venera-

ble Hermano, que continuases rigiéndola y gobernándola si en tu prudencia conoces que puedes hacerlo sin peligro de tu vida. No ceses, venerable Hermano, de ofrecer tus asiduos y fervorosos ruegos al Padre de las misericordias para que se digne auxiliar, robustecer y confirmar con su virtud omnipotente nuestra flaca naturaleza, oprimida principalmente en estos calamitosos tiempos con el gravísimo peso de la solicitud pastoral de todas las Iglesias. Tampoco Nos dejamos de pedir con humildad y empeño, ¡oh venerable Hermano!, al mismo clementísimo Señor, que con su divina diestra te guarde y defienda y derrame siempre propicio sobre ti todos los abundantísimos dones de su bondad, los cuales descendan también sobre las ovejas confiadas á tu cuidado paternal. Y como presagio de todas estas cosas y testimonio de nuestro ardentísimo amor para contigo, muy afectuosamente te damos, ¡oh venerable Hermano!, de lo íntimo de nuestro corazón nuestra bendición apostólica á ti y á todos los fieles, clérigos y seglares de esa tu Iglesia.

„Dado en Roma, en San Pedro, día 8 de Mayo de 1856, de nuestro pontificado año décimo. = Pío, PAPA IX.„

Quien examine detenidamente las frases de esta cariñosa carta del Jefe de la Iglesia, no podrá menos de notar en ellas el empeño que el Sumo Pontífice parecía tener en ir escogiendo las palabras que con mayor fuerza pudieran declarar lo íntimo y acendrado de su amor al Siervo de Dios, como puede observarse en las expresiones con que le da al fin su bendición apostólica, pues no se contentó con decir *ardiente* amor, sino que lo hizo subir de quilates hasta el grado superlativo; y luego, como si no bastara á expresar la intensidad del afecto con que le daba su bendición, á la expresión, ya de suyo tan tierna, *muy afectuosamente*, añádele en seguida aquella otra *de lo íntimo de nuestro corazón*, la cual no puede ser, ni de mayor fuerza, ni de mayor cariño, puesto que no se puede en el afecto penetrar más allá de lo más metido dentro del corazón.

Llama también de un modo especial la atención la frecuencia con que encomia la virtud y piedad del santo Prelado, á la que llama insigne y singular, y casi parecerían adulación los repetidos elogios que le tributa, sin atenuación de ninguna especie y sin velarlos con ideas ó consejos que mantuvieran

al elogiado en su humildad, si no conociéramos la sinceridad y el amable candor de Pío IX, incapaz de adulación, como lo prueban muy alto las terribles verdades que cantó á las potestades de la tierra.

Y aún hay otra circunstancia que corrobora más y más la alta estima en que el Pontífice Supremo tenía al Siervo de Dios. Quien haya leído con alguna detención los documentos pontificios, y más los de los últimos Papas, habrá podido notar que las cartas dirigidas á los Prelados, y aun á cualesquiera personas particulares, suelen siempre ejercitar su celo pastoral exhortando á que continúen trabajando con celo por la causa católica, si es que ya lo hacían, ó animando para que trabajen ó lo hagan con más empeño si eran descuidados en esto. En la respuesta de Pío IX á la primera carta del P. Claret, siguió la misma costumbre; pero en ésta la dejó, como quien estaba seguro de que, lejos de aflojar en su apostólico celo, iría creciendo en él siempre más y más, y como quien estaba bien penetrado de la profundísima humildad y de la perfección del Siervo de Dios, no juzgó prudente, ni menos necesario, hacerle la acostumbrada exhortación, ni temió que se amenguase su humildad con las alabanzas que le tributaba.

4. Cuando el P. Claret recibió la respuesta del Soberano Pontífice, había ya vuelto á Santiago de Cuba restablecido enteramente de sus heridas. Lo primero que hizo en Holguín apenas los médicos le permitieron salir de casa, fué ir á la iglesia á dar gracias á Dios por su curación, para lo cual se cantó un solemnisimo *Tedéum*, y de paso confirmó á cuantos lo habían menester. Tanto á la ida como á la vuelta le acompañaron todas las autoridades y las personas más distinguidas de la ciudad, junto con la música del regimiento y una innumerable muchedumbre que se afanaba por obsequiar y vitorear á su santo Prelado, como en satisfacción del atentado de que en la ciudad había sido objeto y en prueba de la alegría que experimentaban por su pronto y feliz restablecimiento. Cuando poco después emprendió el viaje á la capital de su diócesis, los señores de Holguín, con una gran parte del pueblo, le acompañaron hasta cuatro leguas de distancia, y para expresarle más y más su acendrado afecto en el término de la despedida levantaron con hojas de palma una muy vistosa gorieta que daba fresca y agradable sombra, en la cual descan-

saron el Arzobispo y su comitiva. Entre otras cosas de que allí hablaron se trató del punto en donde convendría pernoctar, y todos los acompañantes convinieron en que en la hacienda de Altagracia, que era de gran extensión y á propósito para alojar mucha gente. La noticia corrió entre la muchedumbre, que todavía se hallaba esperando para recibir la última bendición de su buen Pastor; mas fué el caso que, confundidos con ella, se hallaron algunos hombres perversos, sin duda de los que habían tomado parte en la anterior conjuración contra el Siervo de Dios junto con el criminal asesino, los cuales intentaban rematar al santo Prelado con un segundo golpe que no pudiera fácilmente evitar.

Los presentimientos del P. Claret manifestados en su carta al Soberano Pontífice no eran quiméricos, sino muy reales por desgracia, como lo acreditaron luego los sucesos. Aquellos hombres malvados corrieron apresuradamente á esconderse en las cercanías de la hacienda en que había de pernoctar el Arzobispo, y cuando en las altas horas de la noche supusieron que ya estaba en ella con los suyos, le pegaron fuego por todos lados, y en pocas horas las llamas, favorecidas por el viento, la redujeron toda á escombros y cenizas. El triste acaecimiento no tardó en saberse en la ciudad de Holguín, y el pueblo, consternado, daba voces temiendo que su buen Prelado habría sido víctima del fuego abrasador, pues todos conocían la resolución que habían tomado de pasar la noche en Altagracia. Pero la providencia del Señor se había manifestado de un modo maravilloso con su Siervo. Acaeció, en efecto, que cuando el P. Claret con los suyos llegaron á la hacienda de Naranjo ó Santo Domingo, que se encontraba antes que la de Altagracia, el Sr. Arzobispo, en atención á lo avanzado de la hora, dijo á sus compañeros de viaje: "Es muy de noche y aún falta una legua para llegar á Altagracia; ustedes están cansados y podíamos pasar la noche aquí, en Naranjo." Hízose así como el Prelado lo deseaba, y cuando á la mañana siguiente, al pasar por Altagracia, la vieron reducida á cenizas, comprendieron que aquella idea había sido una especial providencia del Señor para preservarlos del peligro inminente que los amenazaba. Dió también la singular coincidencia de que en el momento del incendio sólo había en la hacienda dos personas, un muchacho con su abuelita, por hallarse los de-

más cosechando en otra parte. Los animales domésticos perecieron todos; pero aquellas dos personas se salvaron como por milagro, pues el muchacho tuvo la buena suerte de ver el fuego cuando por diversas partes comenzaba á arder, y en seguida, cargando sobre sus espaldas á la anciana, se puso en salvo á todo correr.

Con motivo de este hecho redoblaron los viajeros su vigilancia, y todo fué menester, pues que durante todo el camino vieron personas de mal cariz, que los estaban acechando para caer sobre ellos al menor descuido, y gracias á estar siempre en vela alguno por la noche no se atrevieron aquellos malvados á acometer la casa donde se hospedaba el Siervo de Dios (1). Esto no impidió que el celoso Arzobispo administrara el sacramento de la Confirmación en todas las parroquias que halló á su paso hasta Santiago de Cuba. Cuando llegó á esta ciudad, una inmensa muchedumbre le aguardaba, y con gritos y cánticos de alegría le acompañaron hasta su Palacio arzobispal, pues por el mucho cariño que todos le habían cobrado experimentaban un consuelo indecible al tornar á verle entre ellos, cuando ya le creían muerto. El día siguiente á su llegada, que era el viernes de Pasión, fué á la iglesia de la Virgen de los Dolores á darle gracias por su feliz regreso, celebró en ella la santa Misa, dió la comunión á mucha gente y asistió á la Misa solemne que allí hubo con sermón. El domingo hizo por sí mismo en la Catedral las ceremonias de la bendición de los ramos, y en los días siguientes presidió todas las funciones de Semana Santa y de Pascua. Como de resultas de la herida de la cara había quedado bastante desfigurado y con la voz obscura y con dificultad en la pronunciación, en los primeros meses de su vuelta á Santiago no pudo predicar según tenía de costumbre; pero suplialo con pláticas familiares á diversas clases de personas, en las que empleaba todo el tiempo que le dejaban libre el confesonario y las demás obras del sagrado ministerio, á que se entregó con los primeros bríos.

5. Una de las cosas que tuvo que arreglar el Siervo de Dios al poco tiempo de su regreso á Santiago fué el nombramiento de un nuevo Vicario general y Provisor. El piadoso é inteligente P. Lobo, que desde 1851 tan excelentes servicios le ha-

1) De una relación del P. Llausás.

bía prestado en el desempeño de cargo tan espinoso, acababa de ser admitido en la Compañía de Jesús, pues que hacía tiempo que al lado del santo Arzobispo había aprendido á despreciar todo lo terreno y deleznable para darse enteramente á Dios nuestro Señor, y así no halló dificultad en trocar sus armoños y dignidades por el hábito modesto del jesuíta, á trueque de verse más desembarazado para el divino servicio. Lo único que su magnánimo corazón sintió en esta ocasión, lo único que hizo asomar las lágrimas á sus ojos, fué el tenerse que separar de la compañía de un Prelado tan amable, santo y virtuoso y verse privado de sus nobilísimos ejemplos, pues como él mismo confesó muchos años después en una carta al Rdo. P. Clotet, de nuestra Congregación, ni en el Noviciado ni en Casa alguna de la Compañía, aunque encerraran varones muy santos, vió ejemplos más edificantes de perfección evangélica que los que le había dado el P. Claret.

Para cubrir la vacante que dejaba, el P. Claret se hubiera visto acaso en un apuro á no ser por el nombramiento providencial para la Doctoral de Cuba, que poco antes había recaído en una persona tan ilustrada y de tanta entereza como D. Dionisio González de Mendoza. Éste, que conocía ya por la fama las esclarecidas virtudes del Arzobispo de Santiago y estaba prendado de él, el 2 de Febrero de aquel año de 1856 le escribió desde la Habana cómo había sido nombrado Doctoral de su Iglesia Metropolitana, de lo cual él se felicitaba, no por la dignidad y las rentas, sino por tener la dicha de vivir al lado de tan santo Prelado. Don Dionisio era un sabio y humilde sacerdote que había nacido en Barriosuso, provincia de Palencia, el año de 1815. Pasó los primeros años en su pueblo natal, hasta que por disposición de sus padres fué á Carrión de los Condes, en donde cursó Latinidad y Humanidades. De aquí pasó á León á estudiar Filosofía, y más tarde á Valladolid, en donde terminó brillantemente la carrera de Derecho. Retirado á Saldaña, ejerció por algún tiempo la abogacía; mas luego, llamado por el Señor al santuario, se ordenó de sacerdote; fué nombrado canónigo de Puerto Rico por el Ilmo. señor Puente, Obispo de aquella diócesis, y por último Provisor. Cuando el Ilmo. Sr. Obispo Gil Gutiérrez regresó á España, quedó él con el cargo de Gobernador eclesiástico de la diócesis; durante este tiempo padeció no poco en defensa de

los sagrados derechos de la Iglesia y de la autoridad que ejercía. Harto ya de disgustos y deseoso de parar á una diócesis gobernada por tan virtuoso Prelado como el de Cuba, obtuvo, como se ha dicho, en 1856 la Doctoral de aquella Santa Iglesia Metropolitana.

A la carta que escribió al P. Claret notificándole su nombramiento, respondió éste el 15 de Febrero desde Holguín manifestándole con cuánto gusto sería por él recibido, pues conocía sus nobles prendas, y en la postdata le decía: "Para poner esta firma ha sido la primera vez que he tomado la pluma después de las heridas; aún la mano derecha está envuelta en el vendaje.," Al poco tiempo de tomar posesión de su nuevo beneficio, el 6 de Junio de 1856, S. E. I. le nombró su Provisor y Vicario interinamente, y en propiedad el 8 de Octubre siguiente, fecha en que entró en el Noviciado de la Compañía el P. Juan Nepomuceno Lobo. Con este nombramiento se le hizo menos penoso á nuestro Padre el verse privado de aquel valiente y sabio coadjutor en el gobierno del Arzobispado, y no parece sino que el Señor iba disponiendo maravillosamente las cosas para los sucesos que luego debían verificarse.

6. Antes de darlos á conocer, por cuanto sirven de paso ó transición á un nuevo período de su vida, cúmplenos tornar algunos instantes á contemplarle en su vida privada é íntima, secreto de pocos conocido y en donde, no obstante, se oculta el germen de todas las acciones exteriores, y lo que es más, contiene en sí misma mayores maravillas que lo que tanto llama por de fuera la atención de los hombres, puesto que lo exterior del hombre no es sino un débil reflejo de su interior, una manifestación más ó menos brillante de los tesoros de amor, virtud y sabiduría encerrados en lo escondido del corazón. La oración era para el Siervo de Dios la verdadera respiración del alma. El tiempo que en ella invertía es difícil calcularlo, pues era casi continua y sin interrupción. A más de la hora entera de oración mental que indefectiblemente hacía todos los días por la mañana con sus familiares, gastaba en ella muchas horas de la noche, pues es muy dudoso si en aquel tiempo hacía más que pegar los ojos recostado sobre alguna silla, como lo prueba el que sus familiares, en cualquier hora de la noche, hallaban luz en su aposento, según ya se indicó en otra parte, y veían siempre la cama arreglada sin

señal alguna de haberse acostado, y cuantas veces quisieron sorprenderle espiándole por la noche, le vieron levantado ocupado en el estudio ó en la oración. Su expresivo semblante daba á conocer las altas comunicaciones que con el Señor tenía su espíritu, y en su porte exterior se le echaba de ver en todas partes que conversaba habitualmente con Él y disfrutaba su presencia soberana, de donde nacían aquellas súbitas ilustraciones que recibía del cielo, ora en la predicación, ora en las mismas conversaciones familiares; luces que, por su carácter profético, dejaban admirados á los que le rodeaban, como acaeció en las profecías antes mencionadas y en otros varios casos, en los que el Señor le revelaba los futuros destinos de las personas con quienes estaba tratando ó de otras á ellas allegadas.

Del conocimiento profundísimo que de la grandeza de Dios y de su propia nada sacaba de la oración y contemplación, provenía en él aquella mansedumbre admirable en medio de las mayores injurias; aquella paz y serenidad inalterable en medio de los contratiempos; aquella dulzura inefable pintada en la expresión de sus ojos, con que robaba todos los corazones; aquella, en fin, noble y amistosa afabilidad que atraía y encantaba á los que le trataban, de tal manera que no sabían apartarse de su lado. Por esta causa todos sus familiares se le pegaron y aficionaron tanto que, por estar junto á él, renunciaban las brillantes posiciones con que brindaron á muchos de ellos, y se ajustaban incondicionalmente á sus órdenes con tanto gusto que no había más que pedir, lo cual es tanto más admirable cuanto que estaban bien persuadidos de que por estar á su lado no crecerían ni medrarían en los bienes y honras temporales; y así, perdida toda la esperanza del lucro y medro temporal, le servían en suma pobreza y estrechez, á imitación de la que en su santo Prelado resplandecía. Todo esto consta, no sólo por el testimonio unánime de los mismos familiares, sino también por las cartas de ellos, que tenemos á la vista, escritas por los años en que el Siervo de Dios estaba en Cuba, y dirigidas unas veces al mismo Sr. Arzobispo y otras unos á otros entre sí. En todas ellas la nota saliente es encomiar de un modo ú otro las virtudes y acciones de su Prelado. En ninguna de ellas, á pesar de ser muchas en número y tratar casi todas de asuntos relacionados con el Sr. Arzobispo,